

Revisiones, acusaciones, memorias. El cine trae el pasado a juicio

MARY G.
SANTA EULALIA

Recuerdos de un mundo parado

Al último lote de programaciones acaba de sumarse la recién estrenada *La vida que te espera*, de Manuel Gutiérrez Aragón. Director en ejercicio desde 1969, iniciado con el corto *El Cordobés*, autor de un primer largometraje, *Habla, mudita*, en 1973, y sin dejar de lado la cámara desde entonces, nos vino ilustrando con su realismo, que siempre busca llegar “hasta las últimas consecuencias” en: *Camada negra*, *Sonámbulos*, *Corazón del bosque*, *Maravillas*, *Demonios en el jardín*, *Feroz*, *La mitad del cielo*, *La noche más hermosa*, *Malaventura*; una serie sobre *El Quijote* para TV, *El rey del río*, *Cosas que dejé en La Habana*, *Visionarios* y *El caballero don Quijote*. Personalidad de cineasta prestigioso en este país, su discurso, a veces irónico, hasta radical y no exento de inflexiones políticas, es muy permeable a la poesía. Propicia el protagonismo de la tierra. Hace que intervenga

CINE

en los acontecimientos. Tanto o más que las personas, encarnadas por Juan Diego, Luis Tosar, Celso Bugallo y dos jovencitas, Marta Etura y Clara Lago, que rayan a la altura interpretativa de los compañeros más avezados. La actual película de Gutiérrez Aragón, cuyas imágenes brotan como una fuente de memorias a ratos turbulentas, a ratos pacíficas, da testimonio de la parte importante que se concede al paisaje, por la toma

de vistas del valle nublado del Pas y por la sinceridad, conjugada con elegancia de estilo, con que desgrana, de un lado, la hostilidad escondida en costumbres inamovibles, entre vaqueros cántabros, y de otro lado, el amor, imponiéndose a la venganza, sin remordimientos.

Miradas atrás

Los cineastas sobrevuelan, en el actual cruce de temporadas, un espacio o coyuntura que les inclina a rememorar con más o menos distanciamiento, frialdad o crudeza hechos pretéritos y confrontarlos con el presente. Algunos los proyectan hacia el futuro prendidos con algo de ilusión; otros, con pesimismo. Sin duda, en estos años, se han transmitido tensiones locales e internacionales agobiantes y han ocurrido —y siguen ocurriendo— sucesos difícilmente alimentadores de esperanzas, que no pasan sin hacer mella en los artistas. Pues artistas son, también, los directores de cine. Ellos entresacan, de los fondos de las crónicas, del palpitante del día a día, de los titulares muy divulgados lo que parece más turbador y emotivo por cercano o punzante, y no dejan títere con cabeza por exponer, por comunicar.

El Muro por los suelos

Es el caso del pasado político, por ejemplo, de la RDA, la zona oriental de la dividida Alemania, adherida al marxismo y a la

URSS, no libre de cierta dosis de humor y benevolencia, en *Good Bye, Lenin*, de Wolfgang Becker. Una mujer (Katrin Sass) sufre un desvanecimiento y entra en coma, en octubre de 1989, en Berlín-Este. Es una socialista sincera o, simplemente, como el director la define, una persona altruista, entregada a los demás, que cumple honestamente sus obligaciones de ciudadana, cuidando directamente de todo el que la necesita. Dadas sus circunstancias, lo que menos puede ayudarla a sobrevivir, cuando recupera la consciencia, es saber que ha caído el Muro que mantenía a raya al capitalismo de Occidente. Sus hijos, especialmente Alex (Daniel Brühl), se concentrará con toda su alma en evitar que le llegue la noticia del desplome del andamiaje convencional, fundado en la propaganda marxista-leninista, en el que se sustentó su comunidad y dio sentido a su vida.

La mudanza de las filosofías

Los cambios que se han precipitado sobre la sociedad en el siglo recién pasado, no sólo han afectado al pensamiento político. Además han hecho impacto en todas las especies de pensamiento. Han condicionado la cultura, que ensalza poderes económicos y tecnológicos sobre conceptos de valor espiritual. Densa, ácida, con mordiente y de atrayente expresión, *Las invasiones bárbaras* revisa ese estado de cosas, en un debate

sostenido por un grupo homogéneo de personas cultas, agudas, progresistas, educadas y de buen nivel económico, al pie del lecho de un amigo que tiene contadas sus horas de vida. La película, canadiense-francófona, dirigida por Denys Arcand, ofrece varias características importantes. La primera: que vuelve a reunir, años más tarde, a los personajes de otro film suyo, *El declive del imperio americano* (1986), y son ellos quienes hablan y procesan “su” historia y biografía. La segunda: que contiene diálogos de tanta calidad que, por su virtuosismo, valdría la pena conservarlos en cinta grabada, para escucharlos, como se hace

con un concierto. Hay, especialmente, un repaso jugosísimo a los “ismos” de las artes, de la política y de la filosofía, “exprimidos”—valga la expresión— durante el siglo XX. La cinta, modelo de construcción firme, vigorosa, forma un díptico visual, verbal e intelectual con la precedente citada, de muy relevante categoría. En un ambiente óptimo para la meditación, y ante una situación tensa para una familia rota y dispersa, Arcand abre fuego sin sensiblería ni romanticismo sobre lo primordial en la vida moderna, cuyo eje no es la felicidad humana, sino el bienestar adquirido por el dinero puro y duro. Dentro de tal panorama, en el que se brindan todos los extremos, incluso el combatido de la elección y compra del descanso eterno, y donde parecen malograrse las más hondas convicciones y esperanzas, aún anida una mínima lengua de fuego de ilusión.

Un pueblo con mínimos principios

El danés Lars von Trier pone bajo un microscopio, para analizar sus principios morales a un pueblo entero, *Dogville*. Aldea miserable, más bien, que sitúa en lo más abandonado o escondido de Estados Unidos, pero que puede estar en cualquier continente. No se plantea contar un hecho real, al contrario, quiere penetrar en el instinto egoísta de la condición humana. La aparición de una inmigrante (Nicole Kidman) cuyo

pasado se desconoce, pero sobre la que hay indicios de que está huyendo de perseguidores maleantes, poderosos, crea la figura de la persona débil, desprotegida. El danés obliga al espectador a realizar un ejercicio de síntesis bastante estricto, nada más empezar la proyección de su última obra. El lugar llamado "Dogville" ("Villa-perro", diríamos) es un mero plano dibujado sobre un terreno abrupto. No existen domicilios ni tiendas ni paredes ni puertas ni habitaciones ni huertos. Sólo vemos a los habitantes. Ellos quedan, de ese modo, al descubierto, mientras son objeto de examen por parte del público. No se les facilita género alguno de material donde esconderse ni abogado que les defienda. Como Lars se propone dejar al desnudo las motivaciones de cada individuo y descifrarlas, el recurso actúa adecuadamente. La presentación constituye un alarde de eficacia, y sus resultados, provocativos, toman el rumbo pretendido por el director, subrayado, además, por un montaje incisivo, que no introduce distracciones fuera de la línea argumental. Ésta guarda relación, intimamente, con otras obras, por ejemplo, con un drama del suizo Friedrich Durrenmatt, convertido en película en 1954, aunque él no lo mencione (o recuerde). Fue titulada, en España, *La visita de la vieja dama*, (*The Visit*, en el original inglés) rodada en cinemascopio, con Ingrid Bergman y Anthony Quinn por protagonistas, no tuvo el mismo acierto que en el escenario. Tampoco el de Von Trier.

CINE

Chicas sin miedo

Thirteen, por fin, es una cinta de adolescentes, procedente de USA, donde se filtra algo más que diversión, superficialidad, sexo y moda, aunque tiene de todo eso. Su objeto es echar una mirada hacia muchachitas expuestas a los atrevimientos de su inmadurez y precocidad y a las tentaciones de una sociedad

permissiva y despreocupada. Por una vez, disecciona ese tejido juvenil con intención más positiva que de costumbre, describiendo las relaciones de dependencia que surgen entre dos amigas y los riesgos que se derivan de ello para la más inocente, abocada a seguir cualquier pauta errónea, por culpa de la desmembración familiar que padece la sociedad contemporánea. Los padres separados, los hijos extremadamente vulnerables, carentes de formación personal y perspectiva y faltos de ejemplos morales solventes, van a merced de instintos y caprichos, como apunta la directora del film, Catharine Hardwicke. Novata en esta profesión, presenta el estado del problema con valiosas complicidades, incluida la construcción del guión, a base de experiencias reales propias y de las de una de las actrices co-guionista, Nikki Reed (Evie, en la película). Relevante la aportación de las chicas del reparto, jóvenes de la edad mencionada, que no descuidan aspecto alguno de la situación y sus diversas vertientes.

Un caballero hecho en Japón

Los jinetes cabalgan hacia el enemigo ya muertos, acribillados. Las batallas se han rodado hasta con refinamiento de colores, enfoque, efectos al ralentí y decidida y deslumbrante belleza. Lo cual es el colmo, para la contemplación de algo tan primitivo y horroroso, como diríamos de la guerra. Así queda como huella en la visión, la

impresionante carga de los empecinados y obsoletamente armados caballeros japoneses (samuráis), en la semipenúltima secuencia de *El último samurái*, con Tom Cruise, estadounidense cínico, repentinamente converso e integrado al clan del honor y la dignidad. Cine de gran formato, ejércitos enfrentados en combates desiguales, fantástico movimiento, regias fotografías, ornamental vestimenta, ambiciosos espacios exóticos y suntuosidad espléndida. El momento de la revisión de que se ocupa este film es el de la búsqueda de modernización de Japón, rompiendo con la secular tradición mantenida por los viejos guerreros. Dirigió Edward Zwick con propósito y apetencia de lograr un gran espectáculo y lo consigue.

Vuelta atrás, para poca cosa

El francés Jean-Paul Rappeneau filma, otra vez, sin mucha novedad que aportar, los difíciles momentos de la invasión de Francia por los nazis alemanes en 1940. Lo hace sobre una partida de puntos de apoyo que proporcionan excesivas vías al relato. Ahora, drama policíaco; luego, drama amoroso; más tarde, drama-farsa política; en fin, diversificaciones que desconciertan tanto, como los dos o tres puntos finales, colofón a su modo de ver el triste periodo, tantas veces reconstruido por colegas de su misma nacionalidad. Rappeneau cuenta con un

guión, concebido como comedia, para hacer burla de los gobernantes de aquel tiempo y se enreda en muchas historias. Ninguna de verdadera consistencia. *Bon Voyage*, pues, desperdicia a la bella Isabelle Adjani y al notable Gerard Depardieu.

Falta amor

De la rama cinematográfica del Reino Unido que presta primaria atención al pueblo llano, donde se inspiran hoy los más afamados directores de esa zona, viene *Todo o nada*. El título que el Círculo de Críticos Cinematográficos de Londres, en el 2003,

declaró mejor película británica del año. Esta vez, desvinculándose de reivindicaciones salariales, consideraciones de justicia social, echa un vistazo a gente muy modesta, ciudadanos de tercera clase, vecinos de barrio anodino, de protección oficial. Un cuadro a propósito para plantear todo tipo de cuestiones sindicales, laborales, de descanso, de horario, pero Mike Leigh ha detectado otras carencias que les hacen aun más infelices. En los ámbitos en que viven y trabajan Phil (taxista) y Penny (cajera de supermercado), no existen márgenes para fantasías, ni para entusiasmos. Forman parte de un colectivo aburrido, cansado. Ganan poco dinero y sus tareas no son satisfactorias. Rory, el hijo, un chico agresivo, está en el paro; Rachel, la hija, limpia una residencia de la tercera edad. La obesidad de ambos podría delatar deficiente alimentación. El anhelo por una relación cordial, que tuvieron en el comienzo de su matrimonio, es el gran peso que gravita sobre la familia. Leigh se esmera en la pintura simple y obvia de esa falta de entendimiento, ese sentimiento cautivo que arruina la armonía de un hogar. Consumidas, agobiadas en un reducido territorio, las cuatro piezas de esta familia ordinaria no atacan a la sociedad, no retan a nadie por falta de futuro y de horizonte donde tender la mirada, y poder mejorar de suerte, Phil (Timothy Spall) y Penny (Lesley Manville) se necesitan entre sí. Reconocerlo es su triunfo y el de Leigh.

Las mujeres anuladas de Afganistán

Drama del tiempo, todavía reciente, de los talibanes, *Osama* deja sin aliento por la crueldad que rezuma. En la sequedad del desierto de las tierras de Afganistán, Siddiq Barmak, en una coproducción de este país con Japón e Irlanda, lleva a cabo un documental en directo sobre la situación de las mujeres en un momento de extremismo de ideología islámica. Las mujeres no tienen derecho a trabajar, no pueden salir solas a la calle. Una familia ha perdido al abuelo y al marido de la hija, en dos guerras sucesivas. Quedan en la casa la abuela, la hija y la nieta, adolescente. Para comer, hay que conseguir algún salario. Discurren cortar el pelo a la niña, vestirla de muchacho y colocarla en la tienda de un conocido. Así se hace, hasta que las autoridades imponen a los varones jóvenes la obligación de asistir a centros donde leen el Corán, juegan y se les adiestra para luchar. Descubierta el engaño, Osama, que es el nombre que adopta la chica, tendrá por castigo pena de muerte. Pero un mulá vicioso la pide en matrimonio y el juez se la entrega. Encerrada en un viejo caserón, donde ya residen otras dos mujeres con sus hijos, a Osama sólo se le ofrece la libertad de elegir el candado con que la retendrá presa para toda la vida el indeseado marido.

CINE

Tragedia modelada por Eastwood

Clint Eastwood, a la cabeza, como realizador, más diestro y más sabio con los años, y un equipo de actores de la solidez de Sean Penn, Tim Robbins y Kevin Bacon, responsables de su actuación con los cinco sentidos, conviven durante su infancia, tranquilamente, como cualquier grupo de chicos de barrio. Hasta que una inesperada intervención

de adultos pervertidos en sus juegos les dejará marcados. En la edad adulta, los reflejos de la experiencia pasada cargarán injusta, arbitrariamente, sobre quien recaen dudas de las que, ni él mismo, se puede proteger. Eastwood obtiene, de modo sobrio y con los tintes sombríos que le corresponden, en *Mystic River*, lo más parecido posible a una tragedia modelada por la mano del destino, con la potencialidad de ecos de las grandes obras clásicas griegas.

Una en que ganan los pequeños

Los impostores, a pesar de la notoriedad de Nicolás Cage, en el papel principal, y del no menos famoso Ridley Scott, en la dirección, no sólo no iguala el variopinto repertorio de intrigas, artimañas y engaños y la agudeza total de *Nueve reinas*, que trata del mundo del hampa y de la impostura, o sea, del mismo asunto, sino que pone más de relieve la gracia y el ingenio del film argentino. Esto viene oportunamente a cuento, en esa tan traída y llevada cuestión de la competencia que el cine rico estadounidense hace al cine pobre, del tercer mundo. Nos topamos con una ocasión de oro para declarar que no siempre las producciones artísticas valen lo que representa su costo, en metálico, sino por otras razones: talento, inspiración, magia. Los actores: Gastón Pauls (Juan) y Ricardo Garín (Marcos) de *Nueve reinas*, superan a todo el reparto de

Los impostores. Y Fabián Bielinsky, con lo que era su primer guión y primera película, deja en la sombra, por esta vez, al ilustre veterano, Ridley Scott.